

De la vida de JUAN DE YEPES ÁLVAREZ (1542-1591) se conocen hechos, escritos y testimonios (no pocos increíbles) que, sin embargo, apenas desvelan su personalidad. Él se definió como “pájaro solitario en el tejado”. Hijo de una pobre pañera, huérfano de padre a los cuatro años, hospiciario, enfermero, aplicado estudiante en Salamanca, fraile carmelita, fue el reformador de la religión *descalza*, fundó monasterios, fue maestro de novicios, exorcizó a energúmenas, se enfrentó a “los del paño” —los que seguían la regla mitigada— y por ello pasó ocho meses preso en una angosta mazmorra del convento de Toledo de la que se fugó *de noche y en celada* descolgándose sobre un barranco. Ermitaño, prior contra su voluntad de la casa de Baeza, viajero a pie y en mulo por Castilla y Andalucía, poeta del amor, experimentador de arrobos místicos, practicó la caridad evangélica y tan reconocido fue como santo, que su cadáver fue desmembrado, desenterrado y repartido para veneración popular.



En esta obra se confronta el hombre que fue y el que dicen que fue con el que deseó ser: habitante del reino de la Luz. Activo y contemplativo, llevó vida ajetreada, con cargos no deseados en la Orden, en contra de su anhelo de soledad y del ansia ferviente de abandonar este mundo en el que se sintió cautivo como Jonás en la ballena. Para alcanzar un estado de desposesión material, “salir de sí” y sumirse solo en el amor divino “adentró el cuerpo en la nada”, según José Hierro, se infligía duros castigos, rigurosos ayunos y ásperas mortificaciones. Una muestra: por si el acto de escribir fuera a causarle satisfacción, lo hacía a veces de rodillas sobre guijarros. Se privaba, en efecto, no solo de los comunes placeres cotidianos, sino de mínimos goces sensuales, pero era el mismo hombre que escribía los versos de amor tal vez más delicados, voluptuosos y fantásticos —por los símbolos oscuros— de la literatura española.

Este libro no es una biografía y menos aún un ensayo. Es una novela que relata la vida de fray Juan de la Cruz, documentada con rigor, para representar a través de la ficción una personalidad tan singular y venerada en su tiempo como extraña y ajena al nuestro. Su figura se alza sobre el tablero histórico de la desconcertada España de la segunda mitad del siglo XVI, que se muestra aquí en sucesos, personajes —solo alguno ocasional es inventado—, conflictos religiosos, lugares, costumbres, atuendos, ambientes conventuales, estudiantiles o cortesanos... Un esmerado lenguaje con regusto y resonancias de época sostiene el relato.